

II. COOPERACIÓN INTERNACIONAL E INTEGRACIÓN REGIONAL

Entre vieja barbarie y nueva civilización: ¿qué Europa después de Europa?

José Antonio Pérez Tapias¹

I. Introducción

Europa involucona. Inmersa en crisis que se solapan, Europa vive momentos críticos. El "brexit" evidencia su discordia. Europa no logra ubicarse en el mundo globalizado y la manera como en la UE se imponen medidas de ajuste prueba la dinámica anti-democrática que erosiona la legitimidad de sus instituciones. La Unión Europea (UE, a partir de ahora) se mantiene por razón del euro, pero con ello no salvará su alma. El drama de la inmigración y la tragedia de los refugiados muestran una Europa que se niega a sí misma. Las tendencias nacionalistas activadas incluso al afrontar el terrorismo *yihadista* hacen patente las vías regresivas por las que transitan Estados europeos. Si el proyecto de UE está muerto, ¿qué Europa es posible después de Europa? Europa podrá reencontrarse si apuesta por una economía solidaria, una democracia inclusiva, un compromiso serio con derechos humanos y si se resitúa en el mundo abandonando el eurocentrismo del pasado. Falta que se resquebraje aún más la mitificación del progreso –producto por excelencia de la modernidad europea– para que se tome nota de ello con la necesaria clarividencia. Agravada por las crisis que desde las financieras hasta las políticas acompañan a los reajustes de un mundo globalizado, la crisis de Europa, y no sólo de ésta en sentido amplio, sino más precisamente de ese invento supranacional que es la UE, acusa la manera en que se ve descolocada en el actual contexto mundial, sin capacidad, hasta ahora, para salir airosa de la lucha agónica que tiene lugar en su propio seno. Así, ante una nueva "agonía" –recuerda, aunque en circunstancias muy distintas, aquélla de la que hablaba con tanta aprensión María Zambrano²–, no sólo aflora la apesadumbrada exclamación "¡ay, Europa!" –el quejido

¹ Catedrático de Filosofía. Universidad de Granada.

² Cf. M. ZAMBRANO (2000) *La agonía de Europa* (1940), Madrid, Trotta, 23–42.

habermasiano³ nos suena en la misma onda que el “me duele España” de Unamuno–, sino que ella lleva aparejadas cuestiones que llegan a ser existenciales cuando afectan a la identidad de la ciudadanía europea. Ésta, en décadas pasadas, se preguntaba “cómo ser europeos”; y obtenía respuestas, como nos hizo ver Cees Nooteboom en bellos textos reunidos bajo ese título⁴. Hoy, en cambio, esa misma pregunta se radicaliza en diferentes vertientes, ya sea interrogando unos sobre si podemos ser europeos, ya cuestionando otros el sentido de serlo.

Si Europa ve desdibujado su horizonte y emergen voces preguntando a dónde va⁵, ellas se tropiezan ineludiblemente con ese golpe a la UE que supone el abandono de la misma por parte del Reino Unido. Los europeístas no lograron convencer a los ciudadanos británicos que inclinaron la balanza hacia el “brexit”. Hay cuestiones cruciales en torno a las cuales la política europea muestra hoy graves deficiencias, cuando no escandalosa dejadez. Se trata de la manera antidemocrática de afrontar la crisis económica y sus consecuencias sociales –paro y crecimiento de las desigualdades–, de la forma en que se elude dar adecuada respuesta a la cuestión migratoria y a la crisis de los refugiados, y de las graves insuficiencias a la hora de afrontar el terrorismo *yihadista*. Europa se pierde cuando no acierta con la respuesta a tales cuestiones. Y necesita reencontrarse. Quizá tengamos que reinventarla una vez más, lo cual es muy europeo.

2. La realidad del “brexit” como síntoma agónico: Europa en discordia

No estaba previsto. La historia siempre reserva sorpresas. A mediados de 2016 nos llegaron desde el Reino Unido los melancólicos tonos de “brexit”, pieza cargada de amargura que intensificó el desconcierto europeo. La verdad es que todos podíamos haber sido más previsores, pues, aun con mucho mirar de reojo al referéndum del Reino Unido, se albergaban demasiadas confianzas en que ganarían los partidarios de su permanencia en la UE. Tal expectativa se reveló a la postre como ingenua; el proyecto europeo no ofreció aliciente para sumarse a él.

El resultado del referéndum británico ofreció diversas caras, las cuales, desde el respeto que reclama el ejercicio del voto por parte de la ciudadanía, bien merecen detenerse en ellas para una aquilatada valoración. Si no cabe duda de que buena parte de los votos favorables a la permanencia en la UE se han dado desde una posición crítica, apostando por quedarse en ella para transformarla –como subrayaba el laborista Corbyn–, tampoco se puede poner en duda que otra buena parte de los votos a favor de la salida han sido por la experiencia negativa en una Unión burocratizada, anti-

³ Cf. J. HABERMAS (2009) *¡Ay, Europa!* (2008), Madrid, Trotta, 55–128.

⁴ Cf. C. NOOTEBOOM (2006) *Cómo ser europeos* (1993), Madrid, Siruela.

⁵ Cf. M. SEGURÓ y D. INNERARITY, eds. (2017) *¿A dónde vas, Europa?*, Barcelona, Herder.

democrática, sometida a los intereses de los poderes financieros y ajena a los padecimientos de millones de personas que, como tantos trabajadores, han visto devaluados sus salarios o han sido arrojadas al paro. La misma parálisis de la socialdemocracia –el laborismo de la *tercera vía* en el contexto británico– ante la reducción de los Estados europeos a la impotencia, atrapados en una maquinaria infernal ajena a exigencias de justicia, forma parte de las razones que han ido a apoyar en muchos casos el “no” a la permanencia del Reino Unido.

Pero nos engañaríamos si sólo se considerara esa parte. El volumen porcentual alcanzado por el apoyo al “brexit”, además de las causas apuntadas, contó como factor determinante con el discurso ultranacionalista y xenófobo desplegado por el partido United Kingdom Independence Party (UKIP) y por el sector más derechista de los conservadores. La cuestión migratoria se situó de la peor manera en el centro de un debate que, ahogado en demagogia, se escoró hacia el rechazo visceral a la inmigración, incluida la de trabajadores comunitarios. Si a eso se añade el efecto de soflamas ultranacionalistas dirigidas a encumbrar la identidad británica y a proclamar la recuperación de la “independencia” en nombre de una soberanía mitificada, tenemos todos los factores contribuyentes al decantamiento a favor del “brexit”.

Que el “brexit” es revulsivo para reconstruir proyecto europeo es conclusión positiva que pudiera sacarse. Para ello hace falta comprender que una adecuada respuesta europea al “desplazamiento del mundo” hacia las nuevas coordenadas en que estamos –como analiza Sami Naïr a la vez que habla de una *Europa mestiza*⁶– no se logra por los caminos regresivos de identidades excluyentes ni de economías apoyadas en insostenibles arrogancias nacionalistas. También es cierto que esas nuevas respuestas requieren implicación de la ciudadanía desde el respeto a los pueblos que en cada caso constituyen.

Por más voluntarismo que se ponga desde las instituciones europeas, es inocultable que el terremoto “brexit” sigue haciendo notar su desestabilizadora onda expansiva. No sólo es así en el epicentro británico, sino que la posibilidad de dejar la Unión se defiende abiertamente por determinadas fuerzas políticas en otros países, destacando sorpresivamente a ese respecto el caso de Holanda y el de Francia con Le Pen. Ello es claro exponente de la situación en que se encuentra Europa. Por ello, cuando en 2017 en España se le concede el Premio Princesa de Asturias de la Concordia a la UE con motivo del sexagésimo aniversario del Tratado de Roma, ello resulta un sarcasmo, pues tal distinción se otorga en momentos de abierta discordia. Ésta es aún más clamorosa si se tiene en cuenta la actitud obstruccionista de la mayoría de los países europeos a la acogida de refugiados sirios o provenientes de otros países con sangrientos conflictos, países que aun cuando protesten de instituciones de la Unión que si pueden imponer una férrea disciplina económica, se muestran incapaces de

⁶ Cf. S. NAÏR (2010) *La Europa mestiza. Inmigración, ciudadanía, codesarrollo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

conseguir la concordia necesaria para acordar planes eficaces para aplicar el derecho de asilo según obligan las convenciones internacionales. La crisis de Europa se muestra en toda su crudeza.

3. Resistencia de Antígona y advertencia de Ulises. El sacrificio de Grecia y la Europa que se desintegra

Fuimos muchos los ciudadanos sobrecogidos por lo que ocurrió y sigue ocurriendo en Grecia. Viéndonos solidariamente concernidos, compartimos además preocupación por lo que esta Europa de la que formamos parte, actuando así con el país heleno, hace consigo misma. Lo padecido por Grecia es paradigmático en cuanto al modo como se aborda la crisis económica y sus consecuencias sociales. Por ello, abochornados por el sadismo de los modos empleados, nos preguntamos si es que ha vuelto el despotismo a la Europa heredera de la Revolución Francesa y de su lema "Libertad, Igualdad, Fraternidad". A la Europa regida implacablemente por la *troika* –Comisión europea, BCE y FMI– y su despiadada ortodoxia economicista, ni siquiera parece corresponderle aquella fórmula de pretensiones modernizadoras de *todo para el pueblo, pero sin el pueblo*. Lo que en verdad interesa al pueblo, esa gran colectividad de ciudadanas y ciudadanos con derechos, ha sido postergado. Tal es la verdad de los hechos, la que políticamente –como exigía Hannah Arendt– no debe ser escamoteada, si no se quiere ir a parar a la antipolítica⁷.

La gran paradoja de lo sufrido por Grecia es, precisamente, que los hechos, tal como se han ido encadenando, responden a una lógica política –de suyo, ilógica–, y no meramente a una lógica económica, por más que la situación económica del país fuera angustiosa, con escalofriante deuda pública acumulada desde mucho tiempo atrás. Del objetivo de los "rescates" aplicados a Grecia, con sus condiciones leoninas, que, como dijo el exministro Varoufakis, suponen tratar a Grecia como país vasallo de Alemania, no puede decirse que esté destinado a salvar al país del hundimiento económico. Por el contrario, se trataba de "restaurar la confianza" a base de disciplina de palo y tentetieso.

Verificadas las relaciones de tipo colonial que en el seno de la UE se han establecido –España ya las sufrió sobremanera al verse empujada a hacer la reforma del artículo 135 de su Constitución en la fase final del gobierno de Rodríguez Zapatero–, el objetivo de las medidas respecto a Grecia era humillar al país, ofreciendo el sacrificio de tal chivo expiatorio para que, con carácter ejemplarizante, sirviera por anticipado de escarmiento a quienes tuvieran la osadía de cuestionar la ortodoxia económica y el orden neoliberal al que ha de subordinarse la UE. Sobre las espaldas del pueblo

⁷ Cf. H. ARENDT (1996) *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (1954), Barcelona, Península, 239–278.

griego se echó el peso de lo que hace años detectaba Étienne Balibar: una “contra-revolución preventiva”⁸.

La realidad, sin embargo, es tozuda, y no sólo por lo que al doloroso futuro de Grecia se refiere, sino también por lo que afecta al incierto porvenir de Europa. Con todo, es obligado retener y hacer fecundo el mensaje que llegó desde la castigada Grecia. Su referéndum sobre las medidas de ajuste que se le quería imponer no fue en balde, aunque su pretendido efecto no se haya logrado en primera instancia. La batalla es larga y en medio de ella cabe recordar lo que Kant dijo de la Revolución francesa: suscitaba no sólo simpatía, sino entusiasmo, por lo que significaba, más allá de triunfos y fracasos inmediatos, de señal emitida sobre la historia de emancipación que había que impulsar. El insumiso “no” de la mayoría de los ciudadanos de Grecia en su menospreciado referéndum señaló el camino de una Europa que tendrá futuro si se alza democráticamente contra el despotismo de los tecnócratas, la tiranía de los mercados y el autoritarismo de quienes hacen de la salvación del euro la coartada de sus pretensiones de dominio. Desde el mundo heleno, Ulises advierte que nos podemos quedar sin la Ítaca de la Europa a la que aspiramos.

En las estrategias de los organismos europeos, encaminadas a salvar el euro aunque se pierda Europa, aplicadas de forma paradigmática *contra* Grecia, se evidencian comportamientos atávicos, con raíces en hondos registros de nuestra cultura. Así, afloran en actuaciones que aparentemente se presentan como muy modernas, incluso amparadas bajo teorías económicas o los últimos avances tecnológicos; sin embargo, tienen sus móviles últimos en formas de conducta que más tienen que ver con una mitología de sumisión que con una racionalidad deudora de ilustración. Cuanto más se afirma la potencia de la tecnocracia, más necesita ésta la cobertura de mitificaciones que sirvan de justificaciones a sus excesos.

Europa exige sacrificios –es decir, el orden capitalista al que Europa se debe. ¿No ha sido éste un mantra sagrado –sacralizado– que ha recorrido estos últimos años la dura cotidianidad de nuestra experiencia? En realidad, esa mentada Europa es la mencionada tríada en la que se condensa su estructura de poder: Comisión europea, BCE y FMI –éste, instancia externa incorporada a los centros de decisión europeos para vigilancia y control de posibles caídas ante tentaciones económicamente indebidas. Lo real tras ella es una Alemania convertida en el “factótum” de las dinámicas europeas. La Europa que exige sacrificios es la Europa germanizada –se alejó del horizonte la “Alemania europeizada” anhelada, entre otros, por Habermas⁹– en la que la canciller Merkel ha venido ejerciendo de suprema sacerdotisa.

Como en toda lógica sacrificial, nadie puede eludir sus frías normas, si no quiere sufrir la hoguera del castigo. Para frenar a los díscolos, por más que se presenten como

⁸ É. BALIBAR (2003) *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?* (2001), Madrid, Tecnos, 199.

⁹ Cf. J. HABERMAS (1991) *La necesidad de revisión de la izquierda* (1991), Madrid, Tecnos, 289–317.

tímidos heterodoxos suplicando diálogo, no hay más que ofrecer el sacrificio de un chivo expiatorio, que pague por las culpas de todos. La Europa que exige sacrificios, la *troika* que mediante sus tecnocráticos chamanes los aplica con sus medidas de recortes despiadados no se anduvo con rodeos: Grecia fue la víctima propiciatoria que había de calmar al celoso Dios Capital, ante cuyo sacrificio todos los demás hicieran profesión de fe proclamando firme propósito de vivir “in timore Dei”.

La gélida racionalidad económica no sostiene por sí sola el dominio de quienes mandan. Por eso, entre la imaginada Europa democrática y el núcleo real de una zona euro tiranizada, se ha erigido la trama simbólica de una Europa sacrificial. Bajo apariencias civilizadas continúa un comportamiento bárbaro que quiere ignorar que ya tuvo su final aquella práctica cruel de sacrificios humanos. ¿No fue en ese magnífico relato del sacrificio de Isaac donde desde hace milenios se nos transmitió que no hay Dios que se pretenda verdadero si exige sacrificios humanos? Abraham tuvo que reconvertir su fe, trasponiéndola desde la irracionalidad de un mandato presuntamente sagrado a la racionalidad de un comportamiento moralmente regido.

¿No habrá algún ángel que venga a detener la mano que se alza sobre Grecia, esa hija primogénita de Europa, antes de que sea del todo sacrificada sobre el ara de una economía inhumana? Sabemos que eso sólo ocurre en los relatos míticos. Pero también desde los mitos antiguos nos llega la imagen de una Antígona, muchas veces recordada, que se opuso a la muy pragmática norma de Creonte para defender ante él, incluso contraviniendo la ley de la ciudad, la incondicionalidad del compromiso fraterno que le llevaba a enterrar a su hermano. Desobediencia civil: acto, como interpreta el filósofo Žižek¹⁰, que reconfigura el orden ético-político con su negativa a la sumisión al viejo orden con sus estructuras. Frente a la atávica lógica sacrificial, Antígona puede inspirar un modo de actuar contra el consenso cínico que domina Europa.

4. Drama de la inmigración y tragedia de los refugiados. La alergia al otro y la Europa que se niega

Su ser o no ser lo va a decidir Europa según afronte la cuestión migratoria. Entre las cuestiones sobre las que la UE ha de dilucidar cómo actuar, la relativa a la inmigración es crucial, no sólo para Europa, sino para nuestro mundo en la época de la *globalización*. Encontramos, sin embargo, que Europa ha roto el espejo donde pudiera mirarse. La contradictoria imagen que le devuelve la humanidad doliente de los refugiados que arriban a sus costas y atraviesan sus fronteras obliga a recapacitar sobre lo escandaloso de un asilo escamoteado.

Entre la idealizada Europa democrática y lo real de una zona euro tiranizada, se ha urdido desde los poderes dominantes la trama simbólica de una *Europa sacrificial*.

¹⁰ Cf. S. ŽIŽEK (2011) *En defensa de las causas perdidas* (2008), Madrid, Akal, 312–358.

Además de insensible al sacrificio impuesto a quienes huyen de mortíferas guerras respecto a las cuales no es ajena su responsabilidad, Europa sigue aplicando la bárbara lógica sacrificial que, en nombre del mito de la competitividad y bajo la negra bandera de la austeridad, inmola individuos y pueblos en el altar de la ortodoxia impuesta por los poderes financieros. La dignidad democrática convoca a afrontar esa autonegación en la que Europa está sumida.

La indiferencia con la que Europa asiste al drama de la inmigración muestra negro sobre blanco cómo ella se niega a sí misma. Negro de luto, y a falta de asumirlo con consecuente coherencia, son las aguas del Mediterráneo las que cambian el azul por el negro a causa del dolor por tanta muerte. Se suceden los naufragios, se cuentan por miles los muertos, son cientos y cientos los ahogados... La magnitud de la tragedia opera como revulsivo de una conciencia europea paralizada ante el final de tantos y tantos inmigrantes cuyo destino es esa gigantesca fosa común en la que se ha convertido el "mare nostrum". Pero hablar meramente de vergüenza colectiva es declaración de impotencia culpable.

Si Europa quisiera dar adecuada respuesta a la cuestión migratoria, además de hacer frente a los perversos prejuicios que maneja sobre ella la demagogia populista, y de plantear con realismo crítico y voluntad de inclusión democrática cómo acoger a la población inmigrante, tendría que hacer un honesto ejercicio de memoria para abordar con rigor la inmigración que le llega. Cuando de África salen a miles es porque el dominio, la pobreza, el hambre y la guerra, como jinetes apocalípticos, provocan que se trate de alcanzar al otro lado del Mediterráneo el horizonte de una vida mejor. Y, en el fondo de la realidad histórica, esos jinetes apocalípticos son los que dejó cabalgando el colonialismo destructor de las estructuras sociales y expoliador de las riquezas de esos países, el cual fue el que Europa practicó en nombre de una cultura occidental que en aras de la modernidad hasta negó la modernización allá donde llegó con su imperialismo. Respecto a culturas arrasadas y pueblos empobrecidos Europa debía hacer el ejercicio de memoria relativo a su propia responsabilidad, como premisa para hacer un planteamiento justo respecto a las migraciones. No exige menor ejercicio de memoria, aunque relativo a hechos más recientes, la responsabilidad occidental, por acción u omisión, respecto al maltrecho Irak, a la torturada Siria o al abandonado territorio de Libia, de donde salen a miles los que buscan asilo en los países que destruyeron a los suyos o que dejaron que se hundieran en el caos tras acabar con sus regímenes –despóticos, pero destruidos en nombre de banderas democráticas reveladas como falsas.

Puestos a mirar al pasado que llega hasta nosotros, cabe recordar cómo en otros momentos históricos fuertes movimientos migratorios cambiaron países y condiciones de vida. Si el siglo XX fue de decenas de miles de refugiados al hilo de las sucesivas guerras –éxodo que actualmente ya es emulado en el siglo XXI–, el siglo XIX fue de grandes migraciones de Europa hacia América y, en la misma Europa, del campo

a las ciudades, al hilo de la fuerte industrialización de aquel capitalismo que Lewis Mumford llamó "carbonífero". Esos inmigrantes fueron los que constituyeron el proletariado, nueva clase, reverso de la burguesía, cuyas miserables condiciones de vida describió, por ejemplo, Engels en su obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. El proletariado, considerado por Marx como clase revolucionaria, emergió no sólo reclamando mejores condiciones laborales, sino como la clase que planteaba un cambio de raíz en la sociedad burguesa en tanto que era la clase que, aportando la fuerza de trabajo al capitalismo, quedaba políticamente excluida de la democracia liberal de dicha sociedad. Los derechos del ciudadano no llegaban al proletariado como humanidad concreta. La democracia o se transmutaba en democracia social, en la que la emancipación llegara a todas y a todos, o no era democracia.

Si fue gran desafío para los Estados nacionales de etapas capitalistas anteriores resolver la demanda radical del proletariado, actualmente, en la fase del capitalismo financiero que domina un mundo globalizado, los inmigrantes plantean, a la escala de nuestro tiempo, una exigencia similar. Es cuestión de fondo la exigencia de que ellos, esa "parte de los que no tienen parte" en el sistema actual, como certeramente lo formula el filósofo Jacques Rancière, sean incluidos en nuestro supuesto orden democrático¹¹.

Se plantea, pues, a nuestras sociedades una radical democratización, en torno a la cual es pertinente recordar la crítica de Trotsky a Stalin respecto a la errada pretensión de "socialismo en un solo país": no la pueden acometer los Estados uno a uno en solitario. Por eso, es reto europeo, en cuya respuesta Europa decide su futuro. Estamos en el momento histórico en que se generan las condiciones para un proceso de emancipación de los inmigrantes de hoy –vida emancipada que ha de ser horizonte de políticas de inclusión–, dependiendo de ello la coherencia de democracias que no pueden dejar de pretender la emancipación de todos. No hay emancipación "por partes", sino que sólo puede ser la de todos –ya lo vio Marx en *Sobre la cuestión judía*–; si bien esa emancipación ha de ser puesta en marcha a partir de *la parte* que estaba excluida –así lo vislumbró el autor de *El Capital* como revolución desde el proletariado para la sociedad en su conjunto si no quería llevar en su seno la injusticia como componente estructural.

Si hemos llegado a la conclusión de que o afrontamos nuestra *cuestión migratoria* como reclama la dignidad humana de todos y cada uno, o el capitalismo globalizado nos hundirá en la indignidad y miseria de sus contradicciones, dicha alternativa es la que cobra aún más urgencia cuando se trata de los refugiados. Con ellos se ennegrece más la escenografía del horror cuando, huyendo de la guerra, llegan a las costas de Europa y prosiguen su durísimo éxodo desde los países periféricos hasta el centro de la UE, confiando en el derecho de asilo. Llegan hombres y mujeres, mayores y jóvenes, también niños, con sus vidas desnudas –encarnación de esa "nuda vida" de la que habla

¹¹ Cf. J. RANCIÈRE (1996), *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 23–34.

Giorgio Agamben¹²-, en titánico empeño por conservarla y a la vez expuestos ante todos con el máximo de vulnerabilidad, se muestran como lo que son: seres humanos convocando a la humanidad. ¿Y nuestra respuesta? ¿Está a esa altura de lo humano señalada por lo que llamamos *dignidad*?

Como europeos, hemos de ser muy conscientes de la responsabilidad que nos atañe como “sociedad decente”, que diría Margalit¹³. Hemos de tener presente que los protagonistas de este éxodo descomunal que llaman a nuestras puertas son *nuestros* refugiados. En primer lugar, por la común humanidad, base ontológica del derecho de asilo como institución jurídica. Y, en segundo lugar, como ya se indicó, por las responsabilidades de Europa, insoslayables, debidas a su implicación, por acción u omisión, en los conflictos que han derivado a guerras de una crueldad pavorosa, en los países de donde han salido quienes buscan una posibilidad de supervivencia. Desentendernos ahora no tendría justificación alguna, ni éticamente, ni tampoco desde el punto de vista político. Desde España, el compromiso al que debe inducir la sensibilidad de la ciudadanía –contra la mezquindad de las mismas políticas gubernamentales– encuentra el motivo añadido de la memoria de los centenares de miles de españoles que emprendieron el camino del exilio tras la guerra civil.

La *crisis de los refugiados* presenta no sólo el lacerante componente de un fracaso humanitario de grandes proporciones, sino que además obliga a la constatación de lo que a través de ella se comprueba como fracaso de Europa. La UE, con la corroborada impotencia ante esa crisis, se sitúa en una vía muerta que puede suponer su defunción, y no sólo por la liquidación del *espacio Schengen* de libre circulación, sucesivamente acotado por muros que se levantan y fronteras que se cierran. Lo que se está evidenciando en una UE que no hace frente a sus responsabilidades, es su propio resquebrajamiento como proyecto supranacional no meramente monetario y económico, sino político y de convivencia. En ello tiene que ver el hecho de que ese proyecto naciera muy pendiente de lo económico y siga desequilibrado en torno al euro como moneda común sin instituciones aptas para sostenerla y gestionarla. Mas junto a eso, tenemos la realidad de unos Estados nacionales que, si bien sometidos a los poderes financieros transnacionales, siguen actuando desde las claves de una soberanía desenfocada, que se empeña en excluir y, si hace falta, deportar, como es el caso con los refugiados.

Como recordaba Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, la práctica del derecho de asilo prueba la vigencia efectiva de derechos humanos reconocidos como tales, con su correspondiente pretensión de validez universal. La mezquindad de Europa a la hora de ser consecuente con ese derecho muestra la hipocresía de su ordenamiento jurídico y el cinismo de sus actuaciones políticas. Sólo falta, como ocurrió en el tumulto

¹² Cf. G. AGAMBEN (2003), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (1995), Valencia, Pre-Textos.

¹³ Cf. A. MARGALIT (2010), *La sociedad decente* (1996), Barcelona, Paidós.

tuoso periodo de entreguerras en Europa, negar a los refugiados hasta la condición de apátridas para así poder devolverlos a sus lugares de origen, donde serán acosados de nuevo o masacrados del todo¹⁴.

No vamos a negar que hacer frente a la llegada de millones de refugiados no es tarea fácil. No se puede acometer con liviandad irresponsable ni se puede dejar sobre los hombros de un solo país. La solidaridad con los refugiados reclama solidaridad entre los europeos. Ninguna de las dos será posible si Europa no supera la "alergia al otro". Salir de ella implica, como señala el filósofo Emmanuel Lévinas, *encontrar al otro en la justicia*, reconociéndolo en su *humanidad* y tratándole como su dignidad exige. La *humanidad* del otro ser humano es la clave para la construcción de sociedades y de todo orden político que se pretenda conforme con exigencias éticas insoslayables¹⁵. O Europa se construye así o acabó como proyecto.

5. El terror de una guerra espectral. Entre miedos y odios, la Europa que se fragmenta

Los europeos también nos vemos obligados a afrontar el dolor por conciudadanas y conciudadanos muertos en atentados terroristas. El asesinato de inocentes hace más difícil sobreponerse al horror de la sangre injustamente derramada. En medio del dolor, la solidaridad de ciudadanas y ciudadanos, próximos y lejanos, expresada de muy diferentes maneras, cataliza la pena por las vidas humanas perdidas, a la vez que canaliza la indignación de una sociedad que ve atacado lo nuclear de su convivencia y quebrado el más elemental de sus derechos: el derecho a la vida.

Es, por tanto, abriéndose paso a través del dolor como hay que enfrentarse al terror que pretenden sembrar quienes, con muerte y destrucción, buscan amedrentar a la población y subyugar a los Estado tras sus infames objetivos. Tal es el caso del denominado *Estado islámico*, volcando su terrorismo yihadista tanto hacia la lucha frontal contra el odiado mundo occidental, como hacia las matanzas y abominables crímenes contra los considerados infieles en el campo del Islam. Ése es en este caso el enemigo, al que es necesario conocer bien si se le quiere derrotar –no me resisto a citar a aquel Erich Fromm que en las páginas iniciales de *El miedo a la libertad* escribía que había que conocer al fascismo si se le quería derrotar¹⁶. No será fácil conseguirlo, por lo que aún es más necesario diseñar una estrategia adecuada para hacerle frente, lo cual exige acertar en el análisis para evitar todo error. Demasiados se han cometido en el pasado, hasta el punto de ser obligado reconocer cómo ellos –desde el "patrocinio de Bin Laden" contra los soviéticos y los posteriores desastres de Afganistán, pasando por

¹⁴ Cf. H. ARENDT (1999), *Los orígenes del totalitarismo* (1951), Madrid, Taurus, 343–382.

¹⁵ Cf. E. LÉVINAS (1998), *El humanismo del otro hombre* (1972), Madrid, Caparrós.

¹⁶ E. FROMM (1980), *El miedo a la libertad* (1941), Barcelona, Paidós, 27.

las guerras de Irak, hasta la intervención en Libia y la parálisis en Siria, sin dejar atrás el conflicto entre Israel y Palestina que es epicentro de todo lo que ocurre en Oriente Medio— fueron generando y alimentando la bestia que hoy es azote de países de tradición musulmana y monstruo que lacera las sociedades occidentales. Es así como *el espectro de la guerra* emerge desde Medio Oriente y el Norte de África para cernirse sobre Europa con toda su carga de sufrimiento y destrucción.

Lo que a veces vemos cuando se producen atentados son aceleradas carreras de presidentes o ministros de gobiernos diversos para modificar “en caliente” la legislación, incluso los textos constitucionales. Del invocado derecho a la legítima defensa no se deducen determinados cambios constitucionales ni precipitados planteamientos bélicos que no dejan de suscitar dudas respecto a su acierto. Surgen disensiones en torno a cómo hacer frente a los ataques yihadistas, discutiéndose sobre si se trata de *luchar contra el terrorismo* o si, por el contrario, se está *en guerra contra el Estado islámico*. De cómo se entienda la situación depende cómo se actúe hacia dentro de los Estados europeos y hacia fuera, con las miras puestas en los territorios del *Estado islámico*, pero sin perder de vista qué pasa en el mundo árabe–musulmán en su conjunto y qué sucede en el interior de nuestras propias sociedades.

Sobre los hechos que padecemos confluye una doble perspectiva: lo que sufrimos los ciudadanos como terrorismo es, para los asesinos, acción de una guerra explícitamente declarada por quienes planifican y ejecutan atentados de una crueldad inusitada. Ya no es el terrorismo de otras épocas, selectivo con sus víctimas y centrado en el eco mediático de sus crímenes, sino que es ahora del todo indiscriminado y a la búsqueda de la máxima espectacularización; es *terrorismo global* llevado a cabo no ya por quienes subjetivamente podían considerarse héroes de sus (injustificables) causas, sino por quienes están dispuestos a ser mártires ante su propia comunidad. La idea de inmortalidad despliega aquí una terrorífica maldición.

La confusión se genera de antemano por quienes decretan una guerra desde un Estado que, en verdad, no lo es, por más que sea organización que tenga estructuras de poder que dejan caer todo su peso como dominio sobre propios y ajenos. Ni siquiera se trata en el caso del mal llamado *Estado islámico* de un Estado fallido, o de un Estado previamente existente colonizado por grupos fundamentalistas con sus correspondientes brazos armados. Es organización *paraestatal* que protagoniza un belicismo propio de las denominadas “guerras asimétricas”, o incluso “guerras híbridas” trasladadas también fuera de su zona de influencia por quienes operan como “enemigo invisible”¹⁷. Son, en definitiva, *guerras espectrales*, no menos crueles y reales que la guerra tradicional; todo lo contrario. Mas para ganarlas hay que tener en cuenta esa condición y superar la dicotomía entre terrorismo dentro de un país o guerra vista desde el exterior, para adoptar estrategias de seguridad propias de Estados democráticos de derecho

¹⁷ Cf. M. KALDOR (2001) *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.

que quieren defenderse sin dejar de serlo. Por ello, mejor hablar de defensa frente al terrorismo, quizá teniendo en cuenta a un Sun Tzu que en su *Arte de la guerra* sostenía la ventaja del arte defensivo, para ganarla incluso sin hacerla, frente a los halcones militaristas partidarios de la guerra total¹⁸. Quizá hasta Clausewitz, si hoy reescribiera *De la guerra* diría que ahora ésta es la continuación de la *falta de política* por otros medios. Hay que hacer política para vencer al terrorismo y erradicar sus causas, aunque también haga falta estrategia militar en una coordinada política común de seguridad, hasta ahora ausente.

Precisamente para hacer política antiterrorista hay que acertar bien a la hora de buscar los focos en torno a los cuales reforzar la cohesión social que el mismo terrorismo pretende romper. Una pancarta portada por manifestantes en Bruselas tras atentados que tuvieron lugar allí y que rezaba “unidos contra el odio”, y así aportaba una enorme lucidez en medio del dolor por una treintena de víctimas mortales y más de doscientos heridos. Situar el odio como uno de los factores del terrorismo yihadista era pintar fino en el cuadro de los análisis que reclama una acción terrorista que actualmente, sumándose a la lista negra de otras que ya hemos padecido en Nueva York, Madrid, Londres y París –más las que han tenido lugar en Siria, Irak, Líbano, Pakistán, Nigeria...–, es reivindicada desde el fundamentalismo político-religioso del *Daesh* o *Estado islámico*.

Esa llamada de atención sobre el papel del odio, a la vez que se expresaba una profunda solidaridad entre los ciudadanos impactados por la violencia terrorista, podía asociarse al penetrante análisis de Hannah Arendt sobre la “banalidad del mal” al asistir al juicio de Albert Eichmann, el criminal nazi llevado ante la Justicia en Jerusalén. Arendt levantó acta de la capacidad para el mal que desplegó uno de los mayores criminales de la historia, la cual, sin embargo, no fue incubada en una personalidad en principio especialmente violenta, sino que el protagonista de enormes monstruosidades a la hora de aplicar la terrible “solución final” decretada por Hitler para los judíos era un “hombre normal”, y así se presentaba ante el tribunal. No es banal –ni mucho menos, sino todo lo contrario– el mal causado, sino que banales son los caminos por los que muchos llegaron a situarse en la posición desde la que causaron los estragos de un mal brutal –posición tantas veces amparada bajo principio de obediencia debida–¹⁹. Ahora, de manera análoga a como la autora de *Los orígenes del totalitarismo* descubrió la *banalidad del mal* tras la barbarie nazi, ante los asesinatos múltiples provocados por unos terroristas con gran capacidad de matar aparece ante nosotros la *marginalidad del odio* como elemento causante de la deriva que a determinados individuos les lleva a sumarse a la dinámica criminal del *Estado Islámico* o, en otros casos, de Al Qaeda o similares. Entender eso es fundamental para combatir dicho terrorismo, al cual hay que hacerle frente, por lo demás, con todos los recursos de los Estados democráticos de derecho para acabar con la violencia terrorista que liquida vidas a la vez que ata-

¹⁸ Cf. SUN TZU (2008) *El arte de la guerra*, Madrid, Martínez Roca.

¹⁹ H. ARENDT (2008) *Eichmann en Jerusalén* (1963), Barcelona, DeBolsillo, 417.

ca, con pretensiones de propaganda mediática y destrucción simbólica, significados lugares e instituciones de nuestras sociedades.

Es imprescindible, en un análisis que nos ponga sobre la mesa todas las causas que están a la raíz del terrorismo yihadista, adentrarnos en el porqué de los modos y formas de la violencia que practica. Si el *Estado Islámico* actúa con una violencia objetiva extrema, podemos decir además, siguiendo al ensayista francés Étienne Balibar²⁰, que dicha violencia tiene, por un lado, un marcado carácter reactivo frente a lo que se puede considerar la “violencia ultraobjetiva” de un sistema-mundo capitalista –diríamos con Wallerstein– que a inmensas mayorías árabe-musulmanas ha dejado fuera, en una posición de *ausencia de mundo*, en la que se reubican nihilistamente, a la vez que de forma paradójica buscan cobertura de sentido en un fundamentalismo religioso que les sirva de aglutinante identitario como suministro de orden simbólico frente al mundo occidental. En relación a éste se acumula un odio colectivo enorme, marcado por la frustración de una modernidad que fue prometida y luego traicionada hasta en las formas más elementales de modernización. Es en ese marco de una cultura del odio en donde se incuba la que, por otro lado, Balibar presenta como “violencia ultrasubjetiva”, es decir, la que ponen en juego individuos que en la destructiva construcción –digámoslo de nuevo con expresión paradójica– hacen de la violencia el eje de sus vidas para afirmarse a sí mismos. ¿Cómo no recordar los estudios de Fromm acerca de comportamientos destructivos en los que de manera patológica se pretende dar perversamente sentido a lo que no lo tiene?²¹

El resentimiento es incubadora de odio, incluso para asumir un mal que actúa contra el propio sujeto que lo provoca. Fue el descubrimiento freudiano que el esloveno Žižek trae a colación para tratar de explicar ciertas pautas del terrorismo yihadista, cuyos protagonistas vemos actuar “contra sus propios intereses”, incluso hasta el punto del suicidio²². Pudiera pensarse que tales individuos, empapados de espíritu martirial, se ofrecen en contradictorio sacrificio al morir matando. Sin duda, es la (i)lógica de la *guerra santa* la que lleva a tal desmesura donde la razón se pierde. Mas es esa locura la que les hace actuar con ventaja en sociedades postheroicas, en las que su secularidad, como recuerda el sociólogo Bauman, tampoco admite mártires²³. Es por ahí donde se muestra el fondo de impotencia de un odio que subjetivamente nutre los motivos de jóvenes musulmanes, incluso con antecedentes familiares de arraigo en sociedades europeas, los cuales, desde la marginalidad no superada de quienes no se autoperciben como ciudadanos en plenitud de derechos, acuden a la llamada del reclutamiento yihadista.

²⁰ Cf. E. BALIBAR (1997) *La crainte des masses: politique et philosophie avant et après Marx*, Paris, Galilée.

²¹ Cf. E. FROMM (1980) *Anatomía de la destructividad humana* (1974), Madrid, Siglo XXI.

²² S. ŽIŽEK (2009) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (2008), Barcelona, Paidós, 105–127.

²³ Cf. Z. BAUMAN (2006) *Vida líquida* (2005), Barcelona, Paidós, 57–72.

Metidos en una lucha de largo recorrido contra el terrorismo es imprescindible estar unidos contra el odio, pero no sólo para recomponer vínculos sociales tras sus mortíferas manifestaciones, sino para erradicarlo allí donde se gesta. La marginalidad real de jóvenes a los que en sus barrios y ciudades no llegan los mecanismos de integración de una verdadera democracia inclusiva acaba provocando reacciones violentas, destructivas para los demás y autodestructivas para ellos. Si a ello se añade la marginación sentida en procesos de subjetivación individuales y colectivos no resueltos con los frutos que requiere la convivencia en sociedades pluralistas, secularizadas y democráticas, se acumulan los ingredientes para una violencia nihilista que, bajo la cobertura de una religiosidad tan fundamentalista como superficial, es desgraciada respuesta a una experiencia de sinsentido. Hay que ir a la raíz para vencer al odio desterrando sus causas. Sólo así, en el largo plazo, será más corta la batalla política, social y cultural contra el terrorismo. Y Europa encontrará un camino distinto de la fragmentación en que ahora se deshace como proyecto político, con vueltas atrás en clave de repliegues nacionalistas y reacciones xenófobas, bajo cuyo amparo cada país está ante la tentación de pretender resolver problemas comunes y globales por sí mismo en solitario. Craso error.

6. Encanallamiento y barbarie de una Europa en regresión

¿Qué dimensiones del proyecto europeo pueden provocar el necesario entusiasmo para que ciudadanas y ciudadanos mantengan y renueven su adhesión al mismo? El problema no es meramente que la UE funcione mal, que tenga déficits democráticos que hoy sabemos que son graves vicios antidemocráticos, que esté sometida al *gobierno de los banqueros*, como llegó a denunciar Habermas²⁴. El problema es que Europa ha entrado en una fase de encanallamiento que pone muy difícil su futuro; es más, da pie para pensar que el proyecto de la UE, como tal proyecto, está muerto.

¿Por qué hablamos de encanallamiento, incluso haciéndonos eco de aquella declaración de Jacques Derrida en su obra precisamente titulada *Canallas*, diciendo que la democracia es llevada por algunos a ser una *canalocracia*?²⁵ La respuesta requiere refrescar la memoria. Apareció la expresión “Estados canallas” para designar aquellos Estados que, lejos de los mínimos de un decente Estado de derecho, también se comportan en el ámbito internacional como sujetos con conducta agresiva, sin atenerse a los acuerdos internacionales y desconsiderando las exigencias de respeto a derechos humanos que se pretenden universales. El cínico descaro con que se violan las normas de convivencia democrática, tanto hacia dentro de las propias fronteras, como en lo que respecta a la convivencia entre naciones, es lo que lleva a tildar el comportamiento de tales *sujetos (anti)políticos* como una suerte de *gamberrismo político*.

²⁴ J. HABERMAS (2015), “El gobierno de los banqueros”: *El País*, 28-VI.

²⁵ J. DERRIDA (2005), *Canallas. Dos ensayos sobre la razón* (2003), Madrid, Trotta, 87.

Identificar “Estados canallas” se convirtió en tarea de la máxima relevancia. El Irak de Sadam Hussein cayó bajo esa calificación y ello dio paso a la primera “guerra del golfo” y, después, a la invasión decidida por la alianza de las Azores de triste memoria. Sadam Hussein era un dictador y el Estado iraquí funcionaba a la medida de su poder unipersonal. Lo grave de aplicarle la etiqueta de “Estado canalla” fue que para meterlo en cintura, y luego acabar con él, se castigó tremendamente a toda una sociedad que no era canalla, sino que padecía esa misma dictadura. Para que la historia quede al menos apuntada en su complejidad hay que decir que Sadam Hussein fue constituido antes en el aliado de EEUU para hacer frente a Irán con el fin de frenar la expansión de la revolución islamista que acabó con el régimen del sha. La guerra fue de lo más cruenta, pero entonces su protagonista amigo de occidente no era considerado canalla.

El interrogante que inquieta es, visto todo, el grado de “condición canalla” que tienen también quienes apoyaron a Sadam y se sirvieron de él. Es el mismo interrogante que cabe plantear en relación a Libia, que, como Estado, fue incluido en las listas del terrorismo internacional, hasta que interesó congraciarse con Gadafi, mas para después quitarlo de en medio. ¿Dónde empieza y termina, pues, la “condición canalla”? Aparte la criminalidad extrema del llamado “Estado Islámico”, ¿qué decir de todo lo que sigue ocurriendo en Siria y en torno a las idas y vueltas alrededor de Bashar al Assad? Pero si nos fijamos en su vecino Estado de Israel, ¿no responde a pura *condición canalla* la política de *apartheid* –es más, de limpieza étnica en muchos respectos– aplicada contra el pueblo palestino, haciendo caso omiso durante décadas a las resoluciones de la ONU? ¿Y no se contagian de esa actitud canalla unos EEUU que lo apoyan de manera prácticamente incondicional y una UE que mantiene acuerdos de trato preferente hacia Israel?

Con todas esas referencias a la vista, traigamos la cuestión a la actualidad de la UE. ¿Qué decir de ella cuando se burla de tratados internacionales suscritos y de las propias directivas sobre derecho de asilo al firmar un acuerdo como el establecido con Turquía para la deportación de refugiados provenientes de Siria, Irak, Afganistán, Yemen? ¿Se puede salvar la cara de una UE que elude abordar una verdadera política inmigratoria cuando, parapetándose tras apariencias de corrección política, persigue frenar y no acoger –incluso utilizando su propia organización FRONTEX–, pagar a terceros países para que no dejen pasar o expulsen a cientos de miles de migrantes que ya tienen en su territorio para que no lleguen a Europa? ¿Cómo juzgar el ascenso en muchos países europeos de partidos xenófobos, el eco de la demagogia sobre refugiados e inmigrantes, la parálisis de los gobiernos para asumir incluso los compromisos contraídos al respecto?

Europa es tierra de promisión para quienes en ella buscan asilo y vida digna. Pero la actual realidad europea es una realidad de encanallamiento, la cual, si los europeos no estamos dispuestos a dejarla atrás, hará que lo que en positivo pueda significar

Europa no tenga futuro. El problema es una Europa autonegada en su *condición canalla*. No nos queda más que ponernos manos a la obra contra ese encanallamiento, única manera de abrir la puerta de la esperanza a esa democracia verdadera, por inclusiva, que para Europa también “está por venir” –como solía decir Derrida–.

Mientras llega a Europa esa democracia “por venir”, podemos recordar a un representante de su Ilustración como fue Denis Diderot. Si estuviera por acá en alguna suerte de reencarnación, arrojaría a la cara de sus gobernantes lo que dejó escrito en su *Tratado de la barbarie de los pueblos civilizados: Si habéis decidido ser injustos, dejad, al menos, de ser pérfidos*²⁶. La barbarie de la que la Europa canalla se está mostrando capaz, una vez más, es la que la hace aparecer ante sí misma y ante los pueblos del mundo como incivilizada, por más que se pretenda cuna y espacio de la más lograda civilización. De la supuestamente civilizada Europa habrá que volver a decir aquello que afirmó Walter Benjamin: *Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie*²⁷. Si la UE, como organización supranacional de Estados que comparten instituciones, leyes, espacio público, mercado y moneda comunes... es un “documento de cultura”, encontramos que desde él mismo, desmintiendo sus pretensiones civilizatorias en cuanto a derechos humanos, democracia, modelo social y política internacional según un principio de justicia, se presenta un tremendo “documento de barbarie”.

Es *nuestra barbarie*, no la de los otros, sino la que nosotros mismos incubamos hasta conducir a su muerte a la misma UE con lo que ha pretendido significar en cuanto proyecto político solidario y humanizador. Es insoslayable la cura de humildad que los europeos debemos autoaplicarnos, pues acostumbrados desde siglos a calificar a tantos otros como bárbaros, por no alcanzar el listón que etnocéntricamente desde Europa se fija, tenemos que proceder al autoexamen crítico que nos haga reconocer la *barbarie moral* de la que nosotros mismos somos colectivamente protagonistas, como si, por otra parte, no hubiéramos aprendido lo suficiente de las barbaries cometidas por Europa en ominosas historias imperialistas y coloniales y en las más recientes del violento siglo XX. Si mentalidades cargadas de prejuicios se dejan llevar por ese atávico *miedo a los bárbaros*, cuyo fondo escandaloso, como denuncia Tzvetan Todorov, es la no aceptación del otro, lo que ahora tenemos ante y entre nosotros es nuestra propia barbarie con el miedo que ella provoca²⁸.

Recogiendo el espíritu de aquellas autocríticas observaciones de Montaigne en sus *Ensayos*, haciendo recapacitar a sus coetáneos sobre la propia barbarie, bien debemos nosotros empeñarnos en un ejercicio análogo. Hay que criticar con toda la fuerza de buenos argumentos las medidas contra la vida y dignidad de los refugiados, que

²⁶ D. DIDEROT (2011), *Tratado de la barbarie de los pueblos civilizados*, Barcelona, Pasado&Presente, 11.

²⁷ W. BENJAMIN (1990) *Discursos interrumpidos I*, “Tesis de Filosofía de la historia” (1939), Madrid, Taurus, 182.

²⁸ Cf. T. TODOROV (2008) *El miedo a los bárbaros*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

van también contra el sentido de la Europa que merece la pena. Pero, a la vez, hay que poner de relieve cómo se incubaba la barbarie, cómo se fragua la injusticia en una Europa que se viene traicionando con sus prácticas antidemocráticas, con la impuesta ortodoxia neoliberal y con sus políticas “demo-cidas”. Todo tiene su proceso de gestación y, en este caso, viendo cómo y por dónde rompe el huevo, es para mucho temer a la serpiente.

7. El proyecto de la UE está muerto: ¿Europa después de Europa? Más allá del eurocentrismo en la época de la globalización

Sobrevive el euro. Por ahora. Pero el proyecto como tal de la UE, hoy por hoy, está muerto. ¿Es así? ¿O es exagerada una afirmación tan taxativa? No es exagerada. Responde a los hechos que han sido señalados, los cuales hacen que se pueda hablar de la UE como “el mundo de ayer”, a la manera en que Stefan Zweig tituló así un extraordinario libro suyo en el que describía la situación que quedó atrás desde que los europeos se internaron en el camino de barbarie que supuso la *gran guerra* de 1914²⁹.

La Europa de ayer es la que se configuraba como Unión, la cual, a la vez que incrementaba el número de sus miembros hasta veintiocho –uno menos cuando el “*brexit*” se consume–, se articulaba progresivamente como espacio político donde los Estados ponían en común su soberanía para dar paso a una ciudadanía compartida, generando una unión política *en construcción*, con el impulso –así se pensó– de la moneda común. Ésa, desgraciadamente, es la Europa que queda atrás. Si Zweig, como europeo que tras la Primera Guerra Mundial y el auge de los fascismos, se dedicó a hacer memoria para indagar cómo se llegó a tales catástrofes, luego culminadas con la Segunda Guerra y los campos de exterminio, nosotros podemos hacer otro tanto.

También la UE ha tenido una etapa de confianza en sí misma, contagiada a todos sus miembros, sostenida sobre el crecimiento económico que le permitió verse como el espacio económico más floreciente en la expansión del capitalismo financiero que reestructuraba el mundo como gran mercado global. Los déficits democráticos de su arquitectura institucional, así como las carencias en cuanto a políticas económicas mejor acompasadas y políticas fiscales coordinadas –por no hablar de las políticas sociales, dejadas en su mayor parte al albur de lo que en cada país se decidiera–, no condujeron en los años de esplendor a tomar las precauciones que algunas voces aconsejaban. La ideología neoliberal se afirmaba con tal hegemonía que impedía ver los fuertes condicionamientos que ella misma había puesto para el despliegue del proyecto europeo. Ni siquiera el tropiezo del malogrado proyecto de una Constitución para Europa, luego salvado con el remedo del Tratado de Lisboa (2007) –relevo del

²⁹ Cf. S. ZWIG (2010) *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* (1942), Barcelona, Acanalado.

Tratado de Maastricht–, condujo a que se replantearan a fondo las falsas seguridades con que se vivía una realidad que se apreciaba por su lado prometedor, pero sin querer fijarse en sus pies de barro. Incluso su débil política exterior y de seguridad no se consideraba con el suficiente rigor como para extraer las consecuencias de lo que el historiador Tony Judt señalaba: *si no logra gestionar la crisis permanente en sus fronteras oriental y meridional, Europa va a encontrarse en serias dificultades*³⁰. Es lo que ahora se ha confirmado letalmente.

Si los polvos neoliberales han acabado generando los lodos de la demagogia xenófoba, y a ella ha sucumbido la UE, dejando al euro como testigo monetario de una letal impotencia política, ¿cabrá pensar en alguna futura resurrección? Eso quizá haya que dejarlo a una poética que a lo mejor pueda alentar esperanzas de una nueva praxis solidaria capaz de rescatar lo que Europa pudo significar. Puestos a escuchar, un americano como Walt Whitman, dedicando sus versos precisamente a un *revolucionario europeo vencido*, animaba a entonar *cantos de insurrección* porque –decía a los europeos– *mientras no cese todo, no debéis cesar vosotros*³¹. Si, como dice el poeta, *la libertad ha de ser servida a toda costa*, pues es lo que vale más allá de todo fracaso, lo que nos queda es recuperar la esperanza de Europa como tierra de solidaria libertad, emergiendo de las ruinas del proyecto de UE.

¿Hacia dónde, por tanto, se dirige, si es que se dirige a alguna parte, Europa, autonegada en su razón de ser, atascada bajo la tiranía de los poderes económicos, cuestionada desde los nacionalismos xenófobos, escandalosamente paralizada ante la crisis de los refugiados y perpleja ante el “brexit” apoyado por una mayoría de británicos y que no deja de proyectar un fuerte cuestionamiento sobre la UE? Y si todo ello apunta a una Europa que está dejando de ser lo que era, o lo que quiso ser, ¿qué otra Europa cabe después de esa Europa que, moribunda, puede fenecer?

Fue el filósofo Jan Patočka quien, reflexionando sobre la Gran Guerra, acuñó una expresión con la que dio título a algunos escritos sobre la realidad europea y que hoy vuelve a presentárenos como fórmula que puede encerrar la clave que necesitamos: “Europa después de Europa”³². El pensador checo quería llevar a la conciencia de los europeos cómo había cambiado radicalmente la situación de su entorno tras la brutal guerra que de manera imprevista –por más que explicable *a posteriori*– arrancó en 1914, obligando a los habitantes del Viejo Continente a salir de golpe del sueño en el que ingenuamente vivían: *belle époque*. Si algunos autores, como el citado Stefan Zweig, dejaron constancia de lo que suponía la vida que quedó atrás, y otros se dedicaron a diagnosticar de la manera más tenebrosa el tiempo que se les echaba encima, como Oswald Spengler con su *Decadencia de Occidente*, Patočka levantó

³⁰ T. JUDT (2008) *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 387.

³¹ W. WHITMAN (2008) *Hojas de hierba* (1855), Madrid, Visor, 781.

³² J. PATOČKA (2007) *L'Europe après l'Europe*, Rieux-en-Val, Verdier.

acta de lo que murió con la primera guerra mundial. No sólo acabó la Europa de las “potencias centrales”, sino que la idea de sí y con relación al mundo fraguada en la cultura europea quedó irremisiblemente dañada³³.

Patočka articuló su discurso sobre Europa a partir del diagnóstico de Husserl en *La crisis de las ciencias europeas*. Éste, reflexionando sobre la deriva de la cultura europea, constataba cómo, a pesar del éxito de la ciencia y la tecnología, se derrumbaba la fe en la que el mundo podía

*encontrar su sentido, la fe en el sentido de la historia, en el sentido de la humanidad, en su libertad, o lo que es igual, en la capacidad y posibilidad del hombre de conferir a su existencia humana, individual y general, un sentido racional*³⁴.

Es decir –y aunque en ese diagnóstico esté presente una mirada muy eurocéntrica–, lo que se venía encima era un avance del nihilismo que parecía dar la razón no sólo a Dostoievski, sino también a Nietzsche, por más que no fuera en el sentido en que el autor de *Así habló Zaratustra* podía esperar.

Un potente desarrollo científico-técnico, impulsado además por el capitalismo que de él se beneficia, no sólo no libra de un nihilismo cultural muy acentuado, sino que al producirse el maridaje de esos dos vectores su entrecruzamiento puede dar lugar a la búsqueda de soluciones por vías que precisamente conducen a donde no las hay. El surgimiento de los fascismos en la Europa de entreguerras, y la virulenta ascensión del nazismo en Alemania, lo corroboran. La presuntamente civilizada Europa extrajo de sí una realidad de barbarie como nunca antes se había dado en la historia de la humanidad.

Afortunadamente, Europa no se agotó en la barbarie que desde su seno se desplegó. Pudo recomponerse, retomar el desarrollo económico y reemprender el camino de la convivencia democrática. No sólo el pasado impuso una fuerte cura de humildad, sino que el presente evidenciaba que las cosas no eran como antes: Europa vivía en el hueco entre los bloques que quedaron enfrentados tras la II Guerra Mundial, lo cual obligaba a tomar conciencia de dónde estaban los centros de decisión de un mundo bipolar. No obstante, entre EEUU y la URSS se pudo ir ensanchando el espacio en el que Europa empezó a reencontrarse políticamente consigo misma, en especial a través de los recorridos que acabarían en la UE. El prometedor proyecto europeísta, sin embargo, volvió a ponerse en marcha con grandes dosis de voluntarismo, y con una mentalidad que no dejaba atrás un eurocentrismo que, aun a pesar de que el mundo había cambiado radicalmente con los procesos de descolonización, no mitigaba el complejo de superioridad que seguía mostrando Europa en su relación con los otros.³⁵ Es verdad que filósofos como Gadamer mostraban sensibilidad hacia las otras cultu-

³³ J. PATOČKA (2007) *Libertad y sacrificio* (2002), Salamanca, Sígueme, 187–220, 273–342.

³⁴ E. HUSSERL (1990), *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Barcelona, Crítica, 13.

³⁵ Cf. S. BESSIS (2002) *Occidente y los otros. Historia de una supremacía* (2001), Madrid, Alianza.

ras al hablar de la herencia europea y su proyección futura, pero no dejaba de estar presente una mirada etnocéntrica que no permitía que los europeos se vieran con la real medida que tenían en un mundo multipolar³⁶.

Ha sido bajo la presión del proceso de globalización unificando el mundo como *gran mercado* que Europa se ha visto compelida a reaccionar ante una realidad que le sobrepasa. La Europa que se vía a sí misma dispuesta a exportar su modelo social –por el lado de lo mejor que podía hacer– es la que está tragando con la *asiatización* de las relaciones laborales y la consiguiente pérdida de derechos por la competencia irrefrenable de las economías orientales, con China a la cabeza. Los ajustes en la reconfiguración del “desorden” mundial –subrayado por Todorov³⁷, en contraposición al subtítulo con el que Huntington acompañó a su *choque de civilizaciones*–, han hecho que la UE, haciendo frente a ellos desde la ortodoxia neoliberal, haya mostrado todas sus debilidades, empezando por el déficit democrático que convencidos europeístas venían denunciando. De Europa convertida en un gran engranaje burocrático, donde la toma de decisiones queda en manos de una élite, anticipó el filósofo Habermas que se metía *en un callejón sin salida*. Pero aún puede ser de otra manera.

Debemos recoger el mensaje de Patočka: *Europa después de Europa*. Pero hemos de saber que es muy exigente, pues obliga a profundizar en la democracia, a dejar atrás el “gobierno de los banqueros”, a rediseñar el proyecto europeo en clave de esa articulación entre objetivos de libertad y metas de igualdad en que consiste la justicia, para desde ahí reubicar a Europa en el mundo activando sus potenciales de emancipación y sus compromisos de solidaridad. Para recomenzar, *Europa después de Europa* no puede rehacerse buscando chivos expiatorios para librarse de sus propios males. Una Europa no sólo poscolonial, sino anticolonialista en un mundo globalizado sólo puede mostrar unas nuevas credenciales si aborda con criterios de respeto a la dignidad humana, y no de trato inhumano, la cuestión migratoria. Desde ahí hay que empezar a replantear en los hechos el universalismo dialógico e intercultural al que Europa debe contribuir si quiere ser fiel a sí misma, además de leal a la humanidad que somos. ¿Europa contribuyendo a un nuevo proyecto civilizatorio? Puede ser así –y debe–, si Europa se asume a sí misma sacando todas las consecuencias de un hecho: la época del eurocentrismo llegó a su fin. De ahí la importancia crucial de que la pregunta por *Europa después de Europa* encuentre adecuada respuesta abordando a la vez, por extensión, el interrogante sobre si es posible –y debe serlo– un *Occidente no occidentalista*³⁸.

³⁶ Cf. H.-G. GADAMER (1990) *La herencia de Europa* (1989), Barcelona, Península.

³⁷ Cf. T. TODOROV (2008) *El nuevo desorden mundial. Reflexiones de un europeo* (2003), Barcelona, Península.

³⁸ Cf. B. DE SOUSA SANTOS (2014) “¿Un Occidente no occidentalista? La filosofía a la venta, la docta ignorancia y la apuesta de Pascal”, en B. DE SOUSA y M. P. MENESES, eds., *Epistemologías del Sur*, Madrid, Akal, 431–468.